

Proyecto

Una Parte Por Millón

EL ORO sumergido en el azogue

*Un acercamiento a los impactos
del mercurio en la minería de
oro en el Chocó*

Investigador:

Carlos Piedrahita

Asesor de investigación:

Hermes Sinisterra

Fotografía:

Víctor Galeano





Parece que todos en el Chocó tienen algo claro: el mercurio hace daño al agua, a la tierra, a las plantas, a los seres humanos y a los animales. Pero esta es una idea reciente para la mayoría de los chocoanos. Por alrededor de un siglo, la minería legal practicada por la extinta compañía minera Chocó Pacífico y, en las últimas décadas, la minería ilegal, han derramado, quemado y esparcido por los ríos y territorios una cantidad de mercurio que hasta ahora ningún estudio o entidad han podido calcular de manera concluyente.

Todos saben que hay contaminación, todos viven con la contaminación y entre los antiguos mineros sobreviven historias de obreros sumergidos en tolvas llenas de mercurio, que a veces se tragaban el metal para llegar a su casa a expulsarlo, quemarlo y conseguir algo de oro, inconscientes del daño que se hacían.

Foto: Victor Galeano.

Baudó Agencia Pública. 2017

Entre la espesura de la selva, con una cicatriz de deforestación, se ven las lagunas tóxicas que han dejado las minas abandonadas. En los ríos algunos mineros tradicionales recogen y manipulan el mercurio confundiendo con el platino y en las cabeceras municipales la gente habla del peligro de comer pescado envenenado por el metal. El miedo está vigente pero no impide que sigan usando el azogue, como se llama coloquialmente al mercurio, en las laderas y afluentes del río Atrato, en el Río Quito o en el San Juan, donde se han ido escondiendo los mineros de la intermitente persecución a la minería ilegal emprendida por el gobierno.

Al caminar por las calles de los pueblos de mayor influencia minera en el Chocó, como Tadó, Istmina, Condotto y Andagoya, podría quedar la sensa-

“Es una realidad que para ser leída necesita ser tomada con pinzas desde los extremos de todas sus complejidades, pero que en esencia, es el reflejo del abandono estatal que hace que el Chocó hoy, según el mismo Gobierno nacional, tenga el índice más alto de Necesidades Básicas Insatisfechas de Colombia con el 79.1%.”

Hoy la gente sobrevive en un transcurrir lento, se mantienen en estado de espera, pocos tienen los recursos para emprender una empresa minera con todos los requisitos que la ley exige, entonces no queda más que el barequeo para vivir al diario, o irse detrás de las retroexcavadoras o dragas de foráneos que se tragan el paisaje para tratar de conseguir algo de oro.

ción de que la minería es cosa del pasado. Lejos están las historias de pueblos que parecían de feria todos los días por el dinamismo que los recursos generados por la minería traían, o de las 80 retroexcavadoras y 160 volquetas que se veían trabajar a toda máquina solo en el tramo de 20 kilómetros que separan a Tadó de Playa de Oro.



*Foto: Victor Galeano.
Baudó Agencia Pública. 2017*



“Un negro sin su oro no vale na”

La relación del pueblo afrocolombiano con el oro es tan antigua que de hecho explica el origen de su presencia en el Chocó. Después de que los colonizadores europeos esclavizaron y casi exterminaron a los nativos, necesitaron de un pueblo que conociera el trabajo con el metal y fuera resistente a los trabajos físicos. Desde entonces los negros y el oro están unidos en el Pacífico colombiano, construyendo un conjunto de prácticas económicas y culturales que se amalgamaron con el entorno en una relación que hace que el oro sea imposible de separar de este pueblo.

El uso del mercurio en la explotación del oro no es tan antiguo como esta relación, pero aún así completa casi un siglo y se relaciona con la llegada de la Compañía minera Chocó Pacífico en

1916. A través del tiempo ha generado consecuencias evidentes en su dinámica, recrudescidas en las últimas décadas con el incremento de la minería catalogada como ilegal por las autoridades. Los impactos ambientales del mercurio en el medio ambiente no solo han afectado el ecosistema en diferentes etapas, sino que han interrumpido las dinámicas de otras actividades como la pesca y la agricultura, y con ellas, la transmisión de saberes y prácticas culturales.

Así como los chocoanos no se conciben sin sus ríos, tampoco lo hacen sin los valores estéticos, culturales y económicos que le dan al oro, “usted ve un negro con una cosa amarillita que le resalta mucho, o una alhaja en plata, eso resalta muy bonito. Por tradición, por lo mágico-religioso, dicen que un metal en el cuerpo aleja las malas energías... el negro aprende a trabajar el oro, lo conoce y tiene afinidad con él” Expresa Henry Valoyes, un joyero tradicional de Quibdó, mientras manipula una pieza de oro en su taller.

Foto: Victor Galeano.

Baudó Agencia Pública. 2017

Este tipo de significados otorgados al oro desde la tradición se suman a la explicación de prácticas tan antiguas como los alabados, que surgen, según Fulvia Ruíz, en medio de ambientes mineros, “la minería no es solo venir a trabajar acá, eso viene de nuestros ancestros. A los esclavos los ponían a trabajar, y ellos, para poder ‘desfogar’ su corazón, cantaban; de ahí viene el canto”. El cambio en las prácticas mineras tradicionales, amenazadas por su poca productividad en comparación a la minería mecanizada, ponen en riesgo la transmisión de los saberes ancestrales.

Además, los mineros llegados de otros países como Brasil y de otras regiones como Antioquia y Nariño, entran a las comunidades con un sistema de valores que choca con el local y amenaza su permanencia, así lo explica Jorge Perea un líder minero de Condoto, “nosotros tenemos una institución que se llama el ‘tío tía’. Como eran mineros ancestrales, cuando la gente se iba para las minas, en la casa quedaba un mayor.

Casi siempre era una mujer que se encargaba de la mayoría de los muchachos de la comunidad, por lo que todo el mundo le decía tío o tía.

Así no exista una relación sanguínea, por cultura y respeto es mi tía o mi tío. Y ese tío o tía sentía una responsabilidad y una obligación de cuidar y proteger ese niño o niña.” Esa institución se va perdiendo culturalmente y son las barreras de protección cultural que tenemos, porque en la comunidad todo el mundo se siente comprometido con el otro. Todos nos conocemos, todos nos queremos. Eso, cuando llega la gente nueva que es de otra cultura, impacta.” Alexis Castro Arriaga, uno de los investigadores de Codechocó, dice que “estos procesos mineros tienen un componente social fuerte. Tradicionalmente la minería es un asunto de familias o de grupos grandes que tienen algún tipo de relación interpersonal. Al entrar estos nuevos tipos de minería, con extranjeros, las unidades solidarias se empezaron a romper. También se genera un problema social que siempre termina en violencia”.



Foto: Victor Galeano.

Baudó Agencia Pública. 2017

Además de la pérdida de las estructuras sociales tradicionales, la entrada de los barequeros a otros sistemas de explotación trae unos riesgos sobre los cuales la Dra. Mabel Torres, docente investigadora de la Universidad Tecnológica del Chocó, dice que “nosotros tradicionalmente tenemos una minería donde participa la familia, inclusive si el papá o la mamá se iban al río, el niño también lo hacía. Pero ahora con toda la dificultad que tienen las familias para mantenerse y sostener la integridad familiar, muchas mujeres se han tenido que meter a la minería, expuestas a enfermedades.

También es un tema que está relacionado con prostitución porque ahí en ese medio es donde está la gente que se supone que tiene dinero por el oro. Además, hay otra problemática social y es que las mujeres se tienen que ir de su casa, dejar a sus hijos solos con gente que no conoce nuestras dinámicas y que no sabe nuestra cultura. Si realmente la minería que se está haciendo ahora fuera la solución económica para el Chocó, el Chocó no

tendría por qué estar en la situación en la que está”.

Las formas de minería implementadas en la zona comenzaron a ser más atractivas para los locales, pues arrojaban mayores valores de oro en el aprovechamiento, pero en el largo plazo, no resultaron tan productivas y significaron la disminución de la agricultura y la pesca, como también lo explica Arriaga: “La gente empezó a ver que el trabajador de esa manera ya no iba a sacar oro en gramos, sino que iba a sacar oro en libras. Eso también elevó la controversia, porque estábamos produciendo bastante, pero llegó un momento, como sucede en casi todos los procesos mineros en Colombia, que el brasileño se fue y se llevó su plata.

Se llevó el oro y aquí nos dejó el problema. El minero era una persona preocupada porque sabía que de todas maneras vivía ahí y alternaba, hacía ciclos: ciclos de minería y ciclos de cultivo. Sabía que no podía dañar de manera permanente porque cuando no estaba sacando oro, estaba

cultivando. Ahora con la llegada de estas nuevas formas de producción eso se rompió y ahora eso es: destruya, saque, lave y lave hasta que llega el momento en que ya no encuentra nada.” Este cambio sucedió de una manera abrupta y aunque convivió en paralelo con la minería artesanal

que hoy sobrevive en menor escala, terminó por reducir todas las demás prácticas económicas en el territorio. Los chocoanos preferían un trabajo de menor esfuerzo y dedicación en el tiempo, con rentabilidades económicas que luego les permitiera comprar el alimento que antes sembraban.



Foto: Victor Galeano. Baudó Agencia Pública. 2017

Lazer Mosquera, un minero de espalda ancha y mirada noble, que pasa sus días en una tienda de variedades donde ya casi nadie compra en Playa de Oro, explica la situación: “Bueno, en un tiempo con la explotación del oro fue un impacto que nos vino a nosotros como ‘una hora de llegada’, porque de verdad por aquí no se conocía la minería de maquinarias pesadas. Pero cuando llegaron, fue un impacto muy grande porque en un momento dado nos daba mucha plata y entonces por ese medio fuimos abandonando la agricultura. Cambió la forma de vivir, sí señor. Y ahora en este medio que estamos, el gobierno ha venido achicando y apretando la minería.

Al llegar a Quibdó la gente vivía en su parcela y salía los sábados y domingos a los pueblos a merchar. Así nos mantuvimos mucho en el campo, surtíamos al municipio de Tadó con plátano, banano, chontaduro, cerdo, ñame. Había gente por toda la orilla de los ríos o carreteras. Estábamos en el campo y teníamos el pescado, la guagüita, el venadito, el cerdo,

la gallina, el huevo, todo eso... Pero con la minería se acabó todo. Comenzaron a trabajar aquí echando todos los descargues a los ríos, eso tapó las cuevas y los pescados se quedaron sin dónde vivir.

Cuando nosotros estábamos muchachos no pensábamos en comernos un plátano porque ‘preferíamos coger un anzuelo, la atarraya e ir al río a coger un pescado’; pero hoy en día no podemos. Mire estos pueblos, mire cómo están, solos. En un tiempo cuando estaba la minería, usted llegaba por estos pueblos y usted no sabía cuándo era domingo, cuándo era sábado, cuándo un día entre semana; eso era parejo y mire hoy en día como está. Ahora da mucho miedo comerse un pescado. Ya uno no puede estar tomando agua de los caños que iban por estos caminos.

“Uno se iba hasta Tadó a pie y donde le daba a uno sed, cogía una hoja y tomaba agua ahí, hoy en día no lo podemos hacer por miedo al mercurio”.

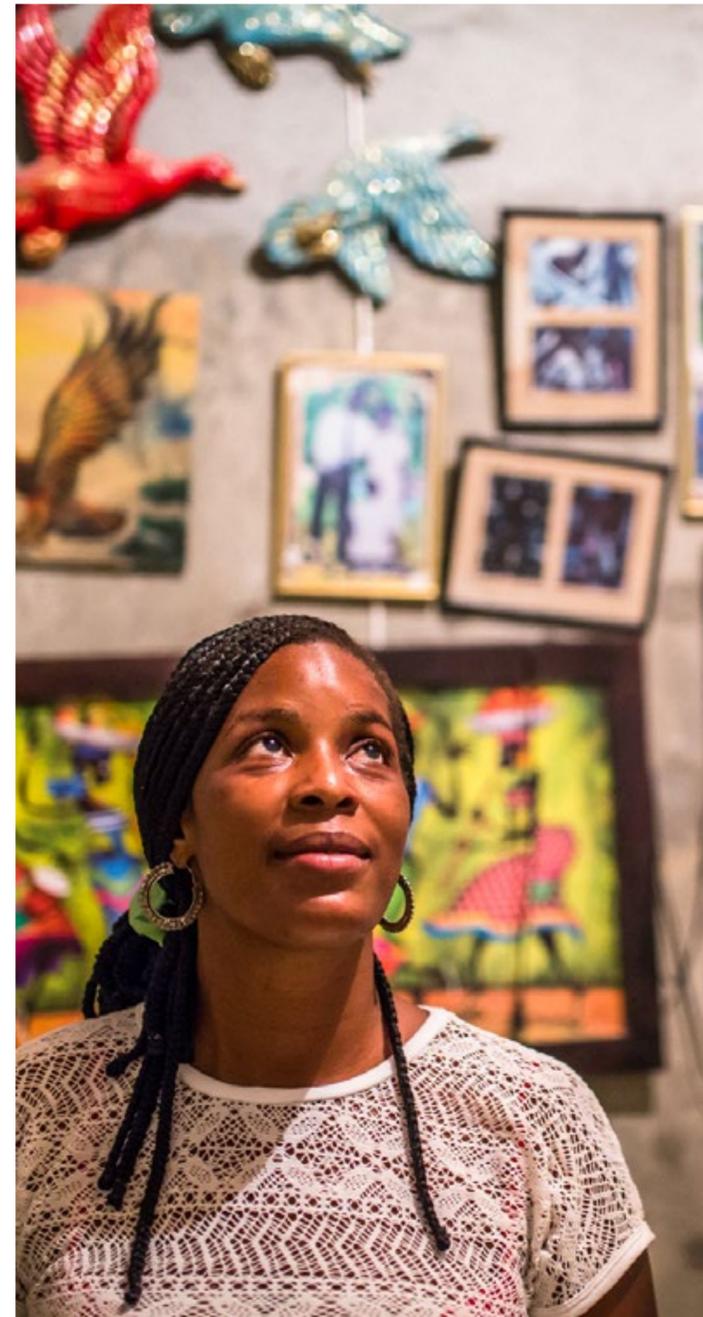


Foto: Victor Galeano.

Baudó Agencia Pública. 2017

En medio de estos cambios, el minero tradicional o barequero ha tenido que enfrentarse a la realidad del mercurio desde el desconocimiento. Las entidades como Codechocó, empezaron tarde y con poca fuerza, la educación necesaria para entender los impactos. Los barequeros y dueños de terrenos hoy solo pueden ver la realidad en una suerte de lamentación porque con sus recursos poco o nada les queda por hacer.

Marino Sánchez, otro minero de Playa de Oro, se detiene un momento a explicar con orgullo porqué prefiere que le digan barequero y no minero, como evitando que se le relacione con las prácticas que reprocha, “la diferencia es que, por ejemplo, yo soy barequero, yo espero a que los mineros destapen y luego voy con mi batea a barequear, a raspar, a sacar mi grano de ahí’. El minero es el que tiene su entable. Ahora ha habido un cambio el verraco, porque había minas a donde usted iba y en menos de una hora hacía tres castellanos y vaya ahora a ver qué consigue... azogue. Yo siento que la minería dio un

impacto malo, porque había dueños de tierras que le arrendaban al minero y cogían el porcentaje. Hoy en día están peor que uno y con tierra mala que no sirve para nada. Donde el azogue pasa, tiene que esperar cinco o diez años para que crezca una mata por ahí.”

El chocoano en general siente orgullo de su origen minero y lo manifiesta, pero cambia de semblante cuando se le pregunta por retroexcavadoras, dragas o mercurio. Aunque muchos reconocen haber trabajado o tenido contacto con el mercurio en algún momento, las versiones a veces son contradictorias y cambian si la grabadora está apagada, el trabajo con el oro que los exalta se oscurece y los avergüenza cuando es relacionado con el azogue.

En medio de un camino marcado por pozos tóxicos de antiguas minas abandonadas, hay una finca que parece un oasis, allí el profesor pensionado, Denis Torres, ha desarrollado una experiencia de recuperación de su terreno después de la minería, “en este terreno se hacía

piscicultura, pero desafortunadamente sufrí un secuestro por la guerrilla y tuve que meterle minería. Lo hice por fuerza mayor, porque no tenía recursos para pagar las deudas del secuestro y otros compromisos que había adquirido antes. Yo lo iba a trabajar a porcentaje, me daban el 20% libre. Hicimos un contrato, un convenio para que trabajaran sin mercurio y a la vez me replanaban el terreno, eso se cumplió. Cuando no se usa el mercurio, se usan plantas de nuestra región, como guácimo, yarumo y escoba boa, como le dicen vulgarmente, eso da una espuma que se adhiere a la arena y ayuda a separar el oro de la arena. Es decir, cumple la misma función del mercurio, lo único es que no compacta el oro, pero si permite la separación de la arena, del platino, y del oro con el platino y además sin los impactos”.

La compañía minera Chocó Pacífico funcionó con sede principal en la población de Andagoya, pero distribuyó sus dragas, según los pobladores las primeras que vio el Chocó, a

través de todo el Río San Juan y sus afluentes. Esta minería legal funcionó en una especie de concesión entregada por el Estado pero con administración extranjera hasta principios de los años 80, y en ese momento entró en un estado de liquidación que se tranzó a través de los años con varios cambios de nombre y administradores. Entre los últimos aparecen los nombres de figuras reconocidas de la política nacional como el expresidente Álvaro Uribe Vélez.

Entre todo y bajo una permisividad del Estado, la Chocó Pacífico siempre trabajó con mercurio y dejó en Andagoya una generación de mineros que se desligaron de la minería tradicional para ser obreros casi de por vida en las dragas y talleres de la compañía, allí al lado y lado del río Condoto, sobreviven algunos pensionados, como es el caso de Manuel Mendoza, que



*Foto: Victor Galeano.
Baudó Agencia Pública. 2017*

cuenta su experiencia: “Me ponían a manipular el mercurio, y el mercurio es muy peligroso. No me daban guantes ni nada, yo me puse flaco. El mercurio es un metal tan pesado que atrapa todo lo que es oro. Entonces ellos les echaban a esos canalones ese mercurio y cuando uno iba a lavar y sacaba esa cantidad de oro, había que exprimirle ese mercurio, y todo me tocaba a mí, así a mano. Y después de eso me mandaron a fundir metal. Se quemaba el mercurio y ese vapor, y el mismo mercurio, son muy malos. Yo me vi bastante mal con eso. Hace varios años me hicieron un examen y descubrieron que tenía un poquito de mercurio en el cuerpo todavía.

A estas alturas, después de veinte y pico de años de pensionado, todavía siento dolor acá en estas partes (se señala los riñones). Creo que algo de mercurio se me quedó”.

En todas las formas de minería, tradicional, legal o ilegal, se reconoce ese anhelo por el oro que es evidente en la mirada de los chocoanos. El mercurio

aparece como un invasor, para muchos un mal necesario, para otros solo un mal, un mal reemplazable, una imposición que se hizo inevitable, pero todos los mineros reconocen su perjuicio y de alguna manera, como quemándolo con el pensamiento, tratan de separarlo del oro anhelado cuando hablan del oficio minero.

“La voracidad con que la minería mecanizada permitió la explotación aurífera, es recordada en el tiempo como una época dorada que pasó más rápido de lo que pudieron percibir y hoy el oro está lejos en el panorama.”

La sensación del chocoano es la de haber vivido al diario. Los ganadores, extranjeros en su mayoría, ya no están para contemplar cómo el territorio se hunde en el tiempo que pasa lento entre el desempleo y el hambre. Fulvia, la cantadora de alabados, comparte su visión de barequera, “trabajar la mina sin contaminación es muy sabroso porque a usted no le da nada. Los que trabajan con ese azogue, creo,

se enferman porque les coge tembladera en la manos. El azogue es un metal muy pesado. Es blanquito pero muy pesado. Hay gente que ya se ha muerto por eso. Porque han trabajado con mercurio. Hay un señor que todavía está vivo, pero usted lo ve temblando, ya no puede, pobrecito,

ya ni camina bien. Las manos con tembladera tocaban ese azogue. Cuando era la empresa minera del Chocó, si uno sacaba oro se tenía que ir. Venía gente de otra parte, los gringos y todo eso. Ya se fueron, por eso hay una canción de los mineros, una canción que dice:



Foto: Victor Galeano. Baudó Agencia Pública. 2017

*“Andagoya que en tu tiempo pasado fue rico,
su riqueza fue grande admiración,
que trajeron a muchos viajeros de otros países
y ahora estamos sufriendo en la ruina por todos aquellos.
La empresa tuvo en manos los obreros y ellos no supieron de administración,
y ahora con el nuevo gobierno la estamos pasando un poco peor.
Andagoya que su tiempo pasado fue rico,
su riqueza fue grande admiración
y trajeron a muchos viajeros de otros países
y ahora estamos sufriendo en la ruina por todos aquellos.
Llegaron a nuestra tierra
se apoderaron de ella,
se fueron con su riqueza
y luego nos dejaron a nosotros
sucumbidos en la pobreza...
Andagoya”.*

Foto: Victor Galeano. Baudó Agencia Pública. 2017



Proyecto

Una Parte Por Millón

EL MIEDO
está en el aire



La capital de Chocó tiene el aire más contaminado por mercurio del departamento. En Quibdó la contaminación no solo se respira en el ambiente y se escurre en el agua por los techos, su presencia ha mutado en un miedo que no hay lluvia que lo refresque.

-Yo le cuento, pero no me grabe ni ponga mi nombre por ahí.

Después de una charla difícil para convencerla, una paisa, de las muchas que se ven en Quibdó atendiendo negocios, como carnicerías, tiendas de abarrotes o variedades, accede a contarme su experiencia con la contaminación del mercurio. Eso sí, cada tanto hace una pausa porque siente que sus palabras toman algo de peso y advierte, como pidiendo el favor, que no vaya a revelar su identidad porque le da miedo.

Foto: Victor Galeano.

Baudó Agencia Pública. 2017

La mujer de unos 60 años de edad, nunca ha tenido ningún tipo de relación con el oro, más allá de unos aretes o un adorno de la virgen de los milagros que cuelga de su pecho. Vivió durante muchos años en el barrio Roma que se encuentra rodeado de compraventas de oro privadas, cerca de un punto de referencia importante como es la catedral de Quibdó.

“Este tipo de contaminación por evaporación del metal, es la causa principal por la que Quibdó presenta niveles de mercurio más altos que poblaciones donde se hace minería directamente, como Río Quito.”

Con las compraventas de oro privado en auge, las amalgamas de oro y mercurio comenzaron a ser quemadas en pleno centro de la ciudad. Las ‘goldshops’, como se les conoce popularmente, surgen luego de que el gobierno de César Gaviria eliminara, en 1995, las agencias mineras de compra de metales que dependían directamente del Banco de la República y que regulaban el precio del oro en todo el territorio, según el relato del historiador Jorge Perea.

Al principio esta mezcla de oro y mercurio se quemaba incluso a cielo

abierto, pero ante las alertas de las autoridades frente a la práctica dañina, algunas de las ‘goldshops’ han camuflado el proceso de muchas maneras. Por ejemplo, una de las vecinas del barrio Roma, me señala lo que parece ser una canal de desagüe en un tejado:

– Compare esa canal con la otra, ¿si lo nota?, está dentro de la casa y sube has-

ta muy arriba del techo, no en el borde como es lo lógico. Es porque no es ninguna canaleta, sino una chimenea de mercurio, y esa chimenea le queda en la cara a todo el barrio.

Para encontrar a la primera mujer de este relato, fue necesario rebotar entre la mercancía de una calle y otra en el ruidoso centro de Quibdó. Finalmente, fue el rumor de que la estaban buscando lo que la atrajo a esta investigación, arrastrando sus pasos con una taza de café paisa en las manos, nos contó que tuvo que irse hace un par de años del barrio Roma, a pesar



Foto: Victor Galeano.

Baudó Agencia Pública. 2017

de que las recomendaciones de su médico indicaban que no debía vivir ni siquiera en Quibdó. Con recursos propios, se desplazó a Medellín acompañada de su hijo para hacerse los estudios de toxicología en sangre. Según los resultados, él tiene 9 microgramos de mercurio en la sangre y ella 16.

La medida de referencia dictada por el Instituto Nacional de Salud (Protocolo de vigilancia en salud pública, junio de 2014) en personas no expuestas directamente al metal, como es su caso, debe estar entre 5 y 10 microgramos para no afectar la salud de las personas.

Con las hojas de los resultados de la Universidad de Antioquia en las manos, la mujer entró en discusión con los encargados de las compraventas. A partir de eso, empezaron las llamadas y comentarios amenazantes que terminaron por amedrentar su pelea, hasta obligarla a poner en alquiler su casa y cambiarse de barrio.

Este tipo de contaminación por evaporación del metal, es la causa principal

por la que Quibdó presenta niveles de mercurio más altos que poblaciones donde se hace minería directamente, como Río Quito.

“Todo esto ha creado un enrarecimiento en la atmósfera de las comunidades, sembrando miedo en el imaginario, que se suma a la falta de relaciones, en muchos casos, de los habitantes nativos con los implicados de manera directa en esta cadena de minería.”

Según un estudio realizado por investigadores del Doctorado en Toxicología de la Universidad de Cartagena, dicha contaminación presenta resultados alarmantes para la capital. Los niveles de concentración total de mercurio en las zonas suburbanas son 1.1 y 1.9 veces mayores que el ‘nivel Background’ (nivel que se establece para cada estudio y para cada territorio específicamente), pero, a pesar de eso, se consideran niveles bajos.

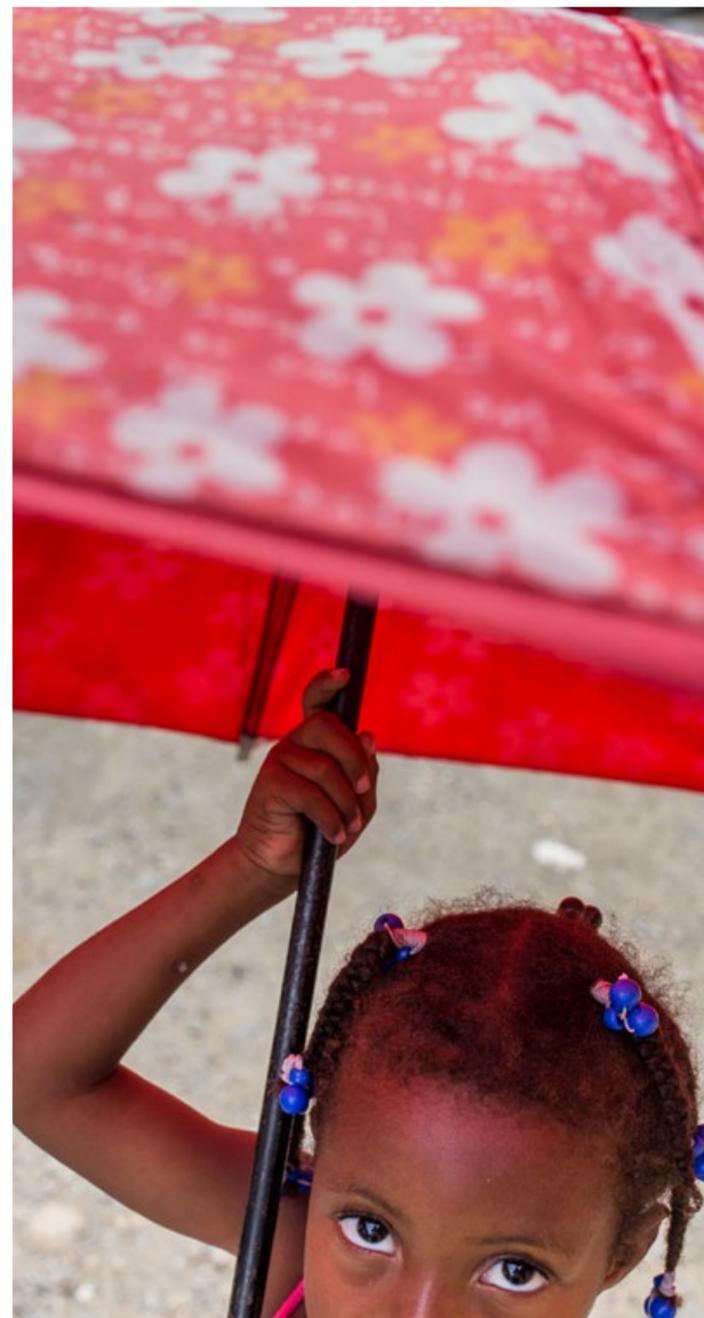


Foto: Victor Galeano.

Baudó Agencia Pública. 2017

Ahora, dentro de las tiendas de oro, donde se queman las amalgamas, los niveles de concentración de mercurio alcanzan niveles máximos, hasta 200.9 veces, por encima del ‘nivel Background’. Este estudio se llama Mercury pollution by gold mining in a global biodiversity hotspot, the Choco biogeographic region, Colombia, y fue realizado por Yuber Palacios-Torres, Karina Caballero-Gallardo y Jesus Olivero-Verbel, y dice, además, que “El problema de salud no es solo para los trabajadores de tiendas de oro, la exposición también ocurre al aire libre cuando se activan los extractores de aire o cuando las puertas de entrada están abiertas, lo que representa un riesgo potencial de exposición a Hg en las comunidades circundantes”.

Yúber Palacios, co-autor de este estudio, cuenta que muchas de las ‘goldshops’ no permitieron hacer la medición en sus locales comerciales, lo que limita el alcance de los resultados de su estudio. Aunque el rastro del metal en el aire per-

manece por niveles superiores a la regla, la información fue tomada en momentos donde no se estaba realizando ningún proceso con mercurio. Los momentos de las quemas que no han sido medidos, pueden representar infusiones de veneno directas para la población flotante que colma las calles del centro de Quibdó y que desaparece por las noches para dejar a los foráneos que dormitan arrullados por aires acondicionados en los hoteles.

Para Yúber Palacios la contaminación que sucede cuando no se está expuesto directamente al humo de mercurio, tiene una explicación: “existe un riesgo inminente para las comunidades que viven adyacentes, porque están expuestas a ciertas conservaciones de mercurio en su ambiente natural y que, por procesos de la dinámica natural, la gente recoge el agua, la almacena en unos tanques especiales y es posible que ese mercurio atmosférico se precipite y vaya al sitio de almacenamiento del agua y las comunidades la estemos tomando sin saber el riesgo en que estamos”.



Foto: Victor Galeano. Baudó Agencia Pública. 2017

Otra de las vecinas de los ‘goldshops’ se lleva la mano a la frente, respira profundo y casi escenifica en un español cantado los episodios de desmayos que vivía en la cocina y la terraza de su casa, que alguna vez para ella fueron inexplicables

y súbitos, pero con el tiempo pudo notar que coincidían puntualmente como las campanadas de la catedral, con los momentos en que se hacían quemaduras de mercurio en uno de las compraventas cerca de su casa.

Marino Sánchez es un negro de sonrisa fácil que, cuando por fin para de bromear, empieza a desenredar sus recuerdos en Playa de Oro (Tadó) cuando trabajaba directamente con el mercurio, quemando las amalgamas de su producido sin protección, respirando vigilante con el humo en su cara, siempre atento y curioso a cuánto oro final iba a dejarle la llama del soplete. El minero en una suerte de negación o culpa, acepta que por su cabeza nunca se cruzó que una tarea tan simple pudiera ser tan dañina:

– *No ha habido un estudio sobre eso, entonces ahí nadie sabe si está contaminado o no. Pero para mí aquí la mayoría lo está, porque si estaban quemando el azogue, uno se acercaba por novelear y ver cómo queda de amarillo, sin saber que todo ese humo se va absorbiendo, porque el mercurio lo quemaban así al aire libre, sin control. Además, el azogue cuando está malo no atrapa el oro, si no lo sabe arreglar, hay que botarlo y en la botada, usted lo tira en cualquier parte. Hay unos que sí lo saben arreglar porque le echan caña agria, le echan sal, limón y lo arreglan otra vez, pero, en general, la gente no sabe reutilizarlo.*

Como un ejercicio de resistencia, muchas de las tradiciones relacionadas con el oro sobreviven en medio de toda la cadena de producción y contaminación. En un pequeño taller del barrio Roma, trabajan amontonados entre cuatro y cinco joyeros, unos muy jóvenes y otros mayores, profesores de universidad y aprendices inexpertos, entre juegos de damas chinas con tapas de gaseosa y un calor sofocante que a veces un pequeño ventilador no logra disimular, Henry Valoyes sortea el día a día con sus compañeros, reparando piezas, sacándole brillo a otras y, en muy pocas ocasiones, creando nuevas joyas por encargo.

La presencia de los ‘goldshops’ ha sido una competencia difícil de enfrentar para las asociaciones de joyeros. En tono de resignación, Henry comenta que es consciente de la contaminación en su barrio y en su oficio, “una vez cogieron para estudiar más o menos cuatro cuadras alrededor y todo está contaminado. Eso cae en los techos, en el suelo, en el agua y por eso la cantidad de

personas que vivimos por acá estamos contaminados con mercurio... siempre nos ha dado un poquito duro porque a veces nos cuesta rechazar algunos trabajos, porque nos dicen que el oro que nos traen lleva mercurio, sin embargo, nosotros nos arriesgamos porque necesitamos el trabajo y la plata. Dicen que a futuro puede hacer mucho daño. Eso se siente como cansancio, desánimo”.

Las descripciones de estas sensaciones físicas concuerdan con el concepto del toxicólogo Yúber Palacio cuando dice que la timidez, irritabilidad, cambios de comportamiento, delirios de persecución, depresión y aislamiento social, son algunos de los efectos más comunes por contaminación de mercurio. Además, las palpitaciones irregulares del corazón, los temblores y los dolores en general, también suelen ser efectos causados en las personas a partir del uso de mercurio en la minería de oro.

Por otro lado, los efectos en el sistema reproductor pueden significar una disminución en los espermatozoides, infertilidad,

pérdida de la memoria y, los más comunes, aquellos asociados con el sistema nervioso. Todos estos efectos sumados a un ambiente de miedo por presiones de agentes externos significan un fuerte impacto para comunidades que construyen sus tejidos sociales basadas en la confianza colectiva, como las chocoanas.

Todo esto ha creado un enrarecimiento en la atmósfera de las comunidades, sembrando un miedo en el imaginario, que se suma a la falta de relaciones, en muchos casos, de los habitantes nativos con los implicados de manera directa en esta cadena de minería.

El comentario común acerca de quién explota el oro, quién trae el mercurio o quién compra y saca el metal producido en la zona, remite a personajes sin nombre, extraños de los que nadie quiere hablar mucho y que solo se ven solitarios o en grupos pequeños en las noches de fiesta en los bares, o los domingos en la tarde abasteciéndose de provisiones para volver a sus dragas que se comen la selva chocoana sin tregua.



Foto: Victor Galeano. Baudó Agencia Pública. 2017



Proyecto

Una Parte Por Millón

**PESCADO
envenenado**



Chocó, un pueblo que vive y cobra sentido a partir de sus ríos, como ejes de desarrollo, transporte y sobre todo alimentación, se enfrenta a la incertidumbre de no poder comer pescado tranquilamente.

El paisaje de Condoto es pintado por una lluvia constante, un río ancho que abraza al pueblo por el norte, una quietud en las calles que asusta y una camiseta de ChocQuibTown cada diez habitantes. La agrupación natal de este pequeño pueblo minero ha mordido un bocado de éxito en la industria musical con gritos de identidad y entre ellos, un par de protesta. “Yo no me como ese pescado así sea del Chocó, ese pescado envenenado ese no lo como yo”. Aunque no está claro a qué hacen referencia exactamente con la canción, cuando le preguntan a los chocoanos por el mercurio en los

Foto: Victor Galeano.

Baudó Agencia Pública. 2017

peces, varias veces terminan entonando este coro. Además de un estribillo pegajoso, para el departamento esta canción representa una verdad que ha cambiado la vida de los locales desde la base de su economía, su alimentación y su estilo de vida.

Toxicólogos de la Universidad de Cartagena publicaron recientemente un estudio sobre la contaminación del mercurio por la minería de oro en la región biogeográfica del Chocó. Para el estudio analizaron un total de 258 peces, de 16 especies que fueron capturados en febrero de 2016 con la ayuda de pescadores locales en 11 lugares diferentes en el río Atrato, cubriendo lugares tradicionales de pesca, pantanos y bocas de varios afluentes. Al analizar los peces se encontraron que los valores totales de mercurio en ellos variaron entre 0.01 mg/g (*microgramos por gramo*) y 3.88 mg/g, los mismos resultados mostraron concentraciones más altas en especies carnívoras como el bagre sapo (*Pseudopimelodus schultzi*), la doncella (*Ageneiosus pardalis*),

el quícharo (*Hoplias malabaricus*), el barbudo (*Rhamdia quelen*), y el veringo (*Sternopygus aequilabiatus*). Para cada una de estas especies el nivel total de mercurio estuvo por encima del recomendado por la Organización Mundial de la Salud (OMS) para consumo humano (0.5 mg/g) y se encontraron al menos tres veces por encima de los límites establecidos, el bagre sapo, una especie altamente consumida por los rivereños fue la que presentó la medida más alta con un promedio 2.01 partes por millón.

Para Jorge Perea, un líder minero de Condoto, hace falta un estudio que abarque mayor territorio, personas y peces, este corpulento minero ya entrado en años, habla a orillas del río San Juan sobre lo que implica en el imaginario de las poblaciones la idea de no poder comer pescado, “Es que haya poca oferta alimentaria, por ejemplo, en el río Atrato hay bocachico

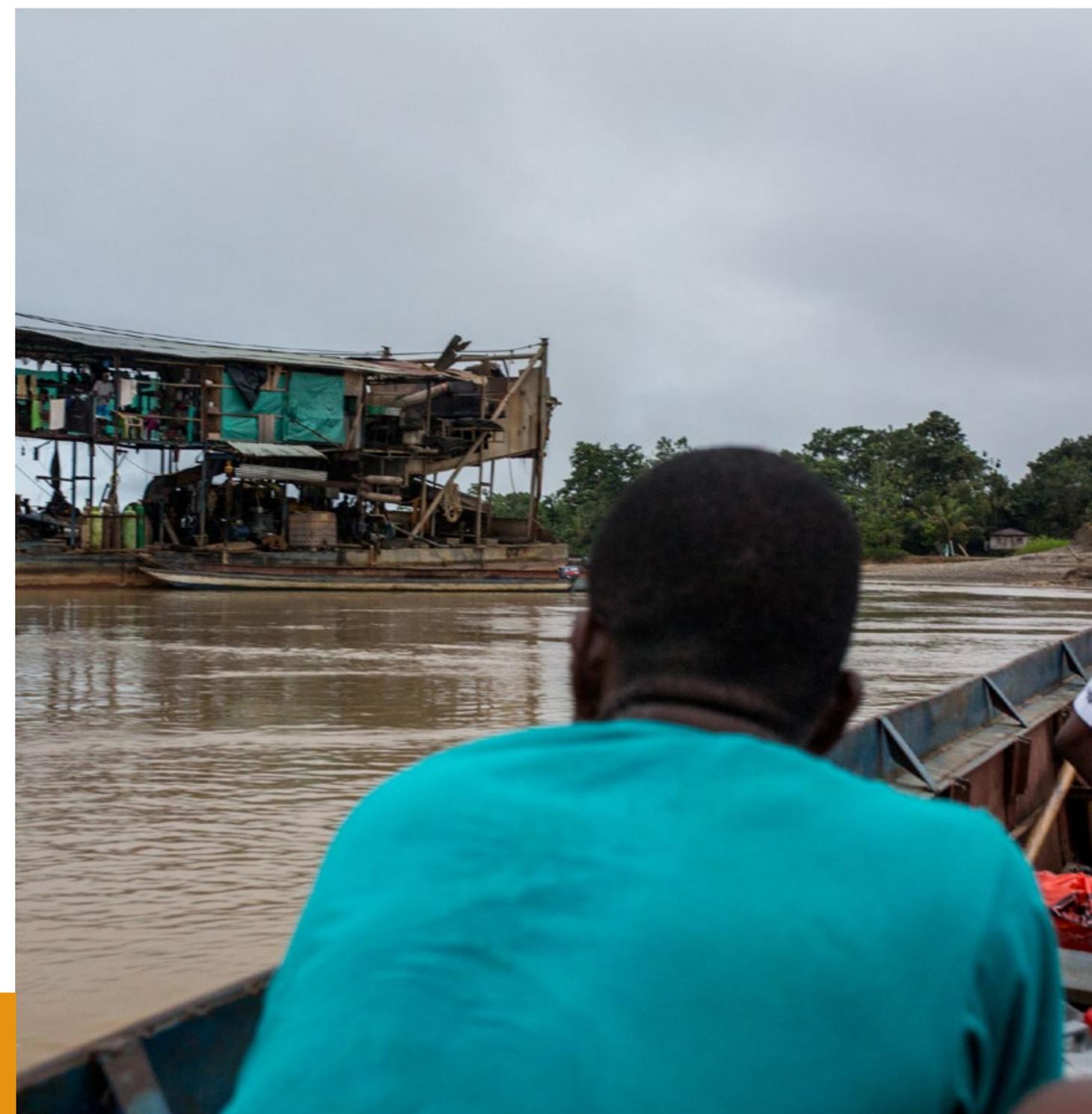


Foto: Victor Galeano.
Baudó Agencia Pública. 2017



Foto: Victor Galeano. Baudó Agencia Pública. 2017

y por todos los impactos negativos ya la oferta de bocachico es mínima, ya está demostrado que hay bocachicos contaminados con mercurio. En el tema del mercurio uno no puede escandalizarse que: ¡Ay tan contaminado!, no. Vamos despacito,

hagamos una investigación seria porque puede ser verdad o puede ser mentira... Hay que ir muy despacito porque es muy delicado decir que está contaminado, pues es una fuente principal de alimentos para estos pueblos tan pobres.”

“Nosotros antes nos íbamos a pescar, cogíamos un barbudo y era un pescado limpio un pescado muy bonito. Pero ahora lo cogemos y tiene un poco de manchas, un poco de burbujas; entonces esa es la cuestión del mercurio que ha acabado con nuestra alimentación.”

A pesar de que la población en general no tiene acceso a las pocas investigaciones realizadas, la contaminación por mercurio en peces es conocida popularmente. De esta manera se genera una ruptura en la forma como ellos se identifican con un alimento que hace parte de sus costumbres ancestrales. El relato de Lazer Mosquera, un exminero en Playa de Oro (Tadó), deja en evidencia esta afirmación, “nos dimos cuenta que el mercurio es una cosa que impacta a nuestras comunidades. Porque nosotros antes nos íbamos a pescar, cogíamos un barbudo y era un pescado limpio un pescado muy bonito. Pero ahora lo cogemos y tiene un poco de manchas,

un poco de burbujas; entonces esa es la cuestión del mercurio que ha acabado con nuestra alimentación. Un chocoano sin pescado y un indígena sin pescado no es chocoano”.

A su manera el chocoano entiende la cadena de contaminación que afecta a los peces de manera lógica, “algunos ya no estamos comiendo pescado del río. Hay unos peces que se alimentan del sustrato de las piedritas y el mercurio como es tan pesado se asienta en las piedras. No vamos a decir que todo el pescado, pero como sabemos que en el ecosistema todo es una cadena, el uno se alimenta del otro. Entonces eso hace que vaya circulando la contaminación”, mientras pule un anillo de oro en su taller, el joyero Henry Valoyes, cuenta cómo ha sustituido el pescado por pollo o carne en su dieta, aunque estos son más costosos y en la mayoría de los casos no se producen en la región. “La economía del Chocó parte de la agricultura y se perdió por la violencia en los campos y la minería. Hay personas que venden el pescado, y sin ese pescado es difícil

que se sostengan, para ellos antes sobrevivir era muy fácil, porque solo iban los ríos tiraban sus redes y cogían cantidad de pescados... ahora es muy difícil para ellos y para nosotros. Con una arroba de pescado ¿cuánta gente come ahí?, se puede comer quince días de seguido y la gente acá no se cansa de comer pescado.”

A pesar de que existe una preocupación ante el consumo de peces y ésta ha disminuido notablemente por la presión de la contaminación, el Chocó es el departamento de Colombia con mayor índice de pobreza monetaria, (59% de la población del departamento vive con menos de 114.692 pesos mensuales según el DANE). Esto se traduce en la necesidad de obtener el alimento del ambiente, específicamente de la pesca, que además hace parte de la tradición cultural de los lugareños.

Otra parte del estudio tomó muestras de cabello en las poblaciones de río Quito (112 muestras) y Quibdó (258 muestras), aunque el estudio no puede ser concluyente por el tamaño de la muestra (0,2 % en



Quibdó aproximadamente), sí demuestra resultados alarmantes en algunos individuos que pueden dar un panorama de una situación más grave. Yúber Palacios, coautor del estudio, lo explica de la siguiente manera: “Obtuvimos datos de personas que tenían 116.4 partes por millón. (En los humanos hay un límite máximo permitido de lo que pueden tener en su organismo que es una parte por millón). Entonces, había personas que tenían ciento quince veces un valor más alto de lo que deberían tener en el organismo. En general más del 13% de las personas encuestadas tenían valores que superaban las diez partes por millón.” Estos niveles de contaminación se atribuyen según los investigadores a la frecuencia en el consumo de peces afectados por el mercurio, lo normal por ejemplo en una persona que según la entrevista era consumidor frecuente, era que sus niveles de mercurio superaran las 15 partes por millón.

Foto: Victor Galeano.

Baudó Agencia Pública. 2017

La contaminación en las personas de Quibdó, donde no se hace minería actualmente, está hasta cinco veces por encima de la encontrada en Río Quito (un sector crítico de actividad minera mecanizada, donde se usa el mercurio). El investigador Palacios es un chocoano que entiende la dinámica de su pueblo y aplica este conocimiento en la lectura de los resultados de su estudio, “en el Río Quito por el estado de contaminación actual y la perturbación del hábitat natural, ya se ven los efectos a nivel del ecosistema acuático. Entonces ya tú vas a hacer una faena de pesca y difícilmente vas a capturar un pez. Debido a ello la comunidad no cuenta con recursos para obtener su proteína animal, entonces consumen pocos peces. En el caso de Quibdó se encontraron un promedio de 6.72 partes por millón y eso es entendible, porque a Quibdó, con frecuencia llegan a vender pescado de diferentes poblaciones asociadas al Río Atrato, que tienen la vocación pesquera, está Riosucio, Tanguí y Beté, la Sierra de Marriaga que van a vender todos esos peces a la capital chocoana.

La capital es la que tiene mayor número de habitantes que pueden comercializar ‘tranquilamente’ sus productos.”

En las afueras del mercado de Quibdó una escena enmarca la realidad de una cultura pesquera arrasada por este fenómeno, un camión frigorífico descarga pescado, Bocachico importado desde Argentina y mojarras rojas de criadero, una negra sonriente lucha por bajar los precios casi cantando con dos paisas que conducen el negocio, al frente solo dos mujeres, mayores de 70 años ambas, raspan y sacan las vísceras con gran habilidad de unos diminutos bocachicos pescados en el Río Atrato. Antes las canciones de cientos de mujeres ofreciendo sus pescados llenaban el ambiente de mercado en la capital chocoana, hoy, solo plátanos, apuestas y cervezas mantienen medio vivo el negocio, en este lugar también la gente vive en espera, esperan que llegue la subienda en diciembre aunque antes comenzaba desde noviembre, para revivir por al menos un mes esos tiempos donde en su río no se veía el pescado envenenado.



Foto: Victor Galeano. Baudó Agencia Pública. 2017

Proyecto

Una Parte Por Millón

**Los
DERECHOS
del río y de la
GENTE**





Son las dos de la tarde y en Andagoya hace un calor sofocante. Por el puente que conecta los dos lados del pueblo camina sudoroso un joven de unos 16 años empujando una carretilla con algunos enseres; ante el desempleo, los jóvenes del pueblo se dedican a llevar recados y cargar mercados de un lado al otro para ganarse unas cuantas monedas. Como un acto acostumbrado, sin generar mayor sorpresa entre la gente que mira, el joven se detiene y sin quitarse ninguna prenda salta al río Iró para darse un chapuzón, sale fresco, se sacude un poco y continúa con su recado.

En Chocó la gente le canta al río, baila con él y se sumerge en busca de frescura o diversión, allí lavan la ropa y buscan los peces o el oro para subsistir. Para la cultura, la vida y la economía de los pueblos del Pacífico, el río lo es todo. En mayo del 2017 la Corte Constitucional

Foto: Victor Galeano.

Baudó Agencia Pública. 2017

de Colombia falló a favor de una tutela del Centro de Estudios para la Justicia Social ‘Tierra digna’, haciendo un reconocimiento del río Atrato como sujeto de derechos que “implica su protección, conservación, mantenimiento y en el caso concreto, restauración”. Este fallo puso un límite de seis meses para que el Estado colombiano se hiciera responsable y actuara en contra de la minería ilegal en la zona. Las comunidades ribereñas han denunciado los impactos a la salud que viven por culpa de la contaminación por mercurio en el río Atrato, como infecciones genitales y cutáneas, hongos o abortos espontáneos. El fallo de la Corte hace responsable al Estado y le endilga la responsabilidad de las vulneraciones de derechos generadas con la afectación del río: “las autoridades estatales demandadas son responsables de la vulneración de los derechos fundamentales a la vida, a la salud, al agua, a la seguridad alimentaria, al medioambiente sano, a la cultura y al territorio de las comunidades étnicas demandantes por su conducta omisiva al no realizar acciones efectivas para detener el

desarrollo de actividades mineras ilegales, que han generado la configuración de grave crisis humanitaria y ambiental en la cuenca del río Atrato, sus afluentes y territorios aledaños”.

Pero el tiempo y el daño no se detienen como la burocracia de las leyes suponen, un año después, con el plazo cumplido dos veces para la ejecución de la sentencia, la situación no cambia mucho y contrario a eso, empeora. Las autoridades no cambian la praxis que claramente ha fracasado, se limitan a seguir con operativos militares muy mediáticos, persiguen y queman maquinaria, principalmente a la altura del Río Quito por donde hay que esquivar esqueletos de dragas hundidas; pero la esencia del problema, el origen, sigue intacto y las máquinas rápidamente reaparecen a toda marcha. Como siempre, es fácil ver los dragones y las ‘retros’ a lado y lado del río destruyendo el paisaje en busca de oro frente a los ojos indiferentes de todos. Las soluciones paliativas por parte de las entidades responsables nunca han sido suficientes y su falta de



Foto: Victor Galeano.

Baudó Agencia Pública. 2017

efectividad se ve reflejada en una cifra que entrega el secretario general de Co-dechocó Yoileth Ibargüen con un tono de frustración, “En este momento los datos que se reportan en la corporación dicen que más del 95% de la minería que se desarrolla en el Chocó es ilegal. En este momento los peores casos de minería ilegal están ubicados sobre la cuenca del Río Quito y en los municipios de Certeguí, Unión Panamericana y parte de Quibdó, que hacen parte de la cuenca media del Atrato. Son los municipios que en este momento están siendo más afectados al igual que la zona del medio Atrato”.

Esta minería ilegal se ha dispersado por el territorio ante la persecución poco planificada de los operativos militares, lo que empuja a los mineros río arriba y selva adentro. Así es como las comunidades se ven con las manos atadas por las presiones económicas pero también por las amenazas de grupos armados que no les dejan alternativas y los convierte en la mano de obra de los ‘inversionistas’ que ponen la maquinaria. “No es un deber de



Foto: Victor Galeano. Baudó Agencia Pública. 2017

la gente enfrentarse a un aprovechador de minería ilegal. La gente no tiene por qué generar estos enfrentamientos, es el Estado quién debe cuidar la tierra. Porque las retroexcavadoras son muy grandes, pasan por las carreteras de Colombia y ningún

habitante del Chocó tiene un recurso tan grande para comprarse dos o tres de ellas; en el Chocó y en las entrañas de la selva no se hacen retroexcavadoras. Las dragas y las retroexcavadoras vienen de afuera y no es en el sitio cuando ya esté instalada

la draga donde se controla” comenta la investigadora chocoana Mabel Torres respecto a su visión de la situación.

“Cuentan los ribereños que si pasan más de cuatro meses fuera de sus poblaciones corren el riesgo de regresar por el río y no reconocer el camino de vuelta, pues las máquinas tienen una capacidad de destrucción tan voraz que desfiguran el paisaje a gran velocidad.”

El río y sus habitantes sufren desde diferentes frentes con la minería de dragones, el primero de los problemas está en la contaminación con mercurio, esta afectación se nota en las altas concentraciones del metal en el agua, como lo explica Alexis Castro del laboratorio de aguas de Codechocó, “encontramos concentraciones en agua por encima de dos partes por millón, es decir dos miligramos por litro, eso es una cantidad exagerada de mercurio. Generalmente las cantidades de mercurio se deben reportar en

microgramos por litro, pero hemos tenido casos donde hemos detectado en miligramos por litro. O sea, mil veces por encima de la concentración”.

Cuentan los ribereños que si pasan más de cuatro meses fuera de sus poblaciones corren el riesgo de regresar por el río y no reconocer el camino de vuelta, pues las máquinas tienen una capacidad de destrucción tan voraz que desfiguran el paisaje a gran velocidad. Pero el daño no es solo paisajístico, acá se identifica el segundo problema donde agrega Alexis, “La forma en que cortan las orillas con dragas altera el curso natural del río, eliminan el meandro, que es una curva natural que tiene el río y que no es capricho de la naturaleza, sino la forma en que el agua disipa la energía. Por eso el agua comienza a bajar con mucha velocidad, esto genera procesos erosivos y como la mayoría de nuestros pueblos están ubicados en las orillas, literalmente se los ha llevado”. El último de los problemas ensucia el agua, se nota al navegar el río Atrato cerca a la desembocadura de algún lugar donde se

haga minería, a simple vista la turbiedad del río dragado irrumpe con una textura pantanosa que permite dimensionar el daño. Los sólidos suspendidos en el agua impiden que los procesos de fotosíntesis se den dentro del río. Cuando se eliminan las plantas, la cadena alimenticia desaparece, se está matando el río, se le está quitando el oxígeno y el alimento de los peces, las máquinas no solo se llevan el oro, se llevan la salud del río sumiéndolo en esta fangosa oscuridad.

En consecuencia, estos cambios físicos y ecológicos traen de la mano unos impactos culturales, porque desintegran las comunidades en sus prácticas sociales y culturales; la Dra Mabel Torres, ha seguido este impacto de cerca en sus investigaciones y por eso comenta, “Yo creo que una de las rupturas más importantes por el tema de la minería es que hemos roto los lazos y la unión entre los pueblos, porque la minería ha generado que los ríos se desborden, por lo tanto la gente ya no se puede comunicar como lo hacía antes por los ríos. Se han perdido



Foto: Victor Galeano.
Baudó Agencia Pública. 2017

esas dinámicas de los niños que se iban a jugar con sus madres a la orilla del río porque hay peligro de que se ahoguen en los huecos y fosas que dejan, hemos tenido casos de niños ahogados en fosas donde un río antes era normal. Pero también es esa dinámica de la gente que va a lavar su ropa al río o a pescar y ya no puede porque ya no hay agua limpia, así de sencillo”.

Aunque el fallo de la Corte constitucional también hace un llamado a que las medidas que tome el Estado vayan en armonía con las necesidades de la población afectada, la percepción de los pobladores locales es diferente, y más que protegidos por las medidas se han sentido perseguidos. En este enfrentamiento entre la realidad de la contaminación y la economía de un

“La estigmatización del minero con la etiqueta de minería ilegal, sin un trabajo de educación o formalización de los pequeños mineros, y con medidas legales y militares que terminan por eliminar la única opción económica del chocoano, tienen un efecto contrario al esperado, pues eleva los costos del oro ilegal y lo hace más rentable, ante la falta de recursos y controles de las entidades que simplemente terminan siendo testigos silenciosos de la actividad.”

pueblo minero, otra vez la aplicación de la ley no es comprensiva. El marco jurídico que establece el Estado para hacer minería no ofrece oportunidades para que los locales compitan en igualdad de condiciones con los inversionistas foráneos que en la mayoría de los casos tienen los recursos para ser los dueños finales del oro, pagando pequeños porcentajes a las comunidades por permitirles de manera informal su entrada al territorio. De esta forma

se ha criminalizado a pequeños mineros y eliminado cualquier posibilidad de que los mismos habitantes del Chocó puedan hacer minería.

Esta persecución indirecta termina reforzando la desconfianza y la violencia en la zona. En Playa de Oro por ejemplo,



Lazer Mosquera habla con muchas precauciones mientras ve pasar las horas esperando clientes en la entrada de su tienda de enseres, que en algún momento fue una exitosa compraventa de oro, “La minería ya se está acabando porque usted para comprarle ya un tomín de oro a la persona si no tiene todo lo de la ley, ahí se murió de hambre con él guardado, porque no hay quién se lo compre. Hoy en día se llevan la gente que está laborando por ahí en la minería. El gobierno para qué se lleva unas personas como nosotros, que estamos de pronto laborando para darle de comer a nuestros hijos. Se los llevan para la cárcel. Entonces se está formando una guerra porque usted con hambre qué no hace.” La estigmatización del minero con la etiqueta de minería ilegal, sin un trabajo de educación o formalización de los pequeños mineros, y con medidas legales y militares que terminan por eliminar la

única opción económica del chocoano, tienen un efecto contrario al esperado, pues eleva los costos del oro ilegal y lo hace más rentable, ante la falta de recursos y controles de las entidades que simplemente terminan siendo testigos silenciosos de la actividad.

La falta de control es histórica y en otros tiempos, permitió una bonanza de oro que sacó a las poblaciones campesinas de sus cultivos, casi hasta llevarlos a olvidar su vocación agrícola. En general la minería como actividad única desestimuló cualquier otra opción económica y productiva; hoy la gente vive con la sensación de no tener más opciones, fácil es encontrarse por todo el territorio del Chocó a personas como la minera Luz Amira Pino, habitante de Playa de Oro que comenta, “ Por qué lo dejaron avanzar hasta acabar todo, tras de que hemos sido pobres, viene el mercurio de otra parte, de Antioquia. Porque los chocoanos no trajimos el mercurio, y permitieron que la cosa avanzara hasta acá. Llega el presidente dice que se acaba la minería

Foto: Victor Galeano.

Baudó Agencia Pública. 2017

ilegal, se acaba todo y no está pensando en una población minera. ¿Y la vida de nosotros qué? nosotros aquí qué vamos a hacer, de qué vamos a vivir... eso es lo que nos tiene preocupados. Aquí no hay empresas, el 75% del chocono era minero y ahora que no hay minas nos miramos es la cara el uno al otro. Tenemos miedo de que esto se vaya a volver un África”.

En estos términos las sanciones como la sentencia de la Corte, las medidas legales como la ley del mercurio o los operativos militares, pueden representar un avance, pero carecen de una base que se sustente en las necesidades reales de la población. El problema está alcanzando el punto de ebullición, y a largo plazo solo representa más vulneraciones de derechos para los choconos. El Estado colombiano se queda corto en el Chocó, no hay una visión general ni concluyente del problema, no hay medidas suficientes para combatir la crisis evidente, no hay un plan serio o contextualizado para combatir la minería pero

tampoco hay opciones para que el chocono deje de hacerla.

La voz de uno de los investigadores recoge este panorama, pero hace una salvedad que tal vez pueda dar algo de esperanza, según su visión, el Chocó está a tiempo de cambiar su realidad, “¿Que te puedo decir ahora?... que hay mercurio en el agua y que el mercurio no debería estar ahí, pero ahí está. Estamos en un punto de alarma, pero todavía no hemos llegado al punto más grave. Todavía estamos a tiempo de revertir esto o de recuperarlo de alguna manera, porque todavía hay especies que se pueden consumir, hay regiones que todavía no tienen minería y se puede trabajar. Las regiones que están afectadas están en un punto en que se pueden recuperar. Pero el problema es que si seguimos como vamos, si no hacemos nada y seguimos pensando que eso es un problema del otro, vamos a llegar a un punto en que no vamos a poder volver a empezar y ahí si ya no hay nada que hacer”.



Foto: Victor Galeano. Baudó Agencia Pública. 2017